

pero siempre sugestivo, de Albert Mathiez, Marc Bloch y Ernst Kantorowicz, en un intento por adentrarse en la *Babel interpretativa* que en ocasiones convierten este tipo de debates<sup>20</sup>.

Resta citar cómo en el contexto interpretativo de las *religiones políticas* y la propia *sacralización de la política*, uno de los elementos relevantes han sido las conmemoraciones políticas y nacionales. A este respecto, el profesor de la Università delle Tuscia-Viterbo, Mario Ridolfi, analiza el sustrato político de las fiestas y las conmemoraciones, como elementos de legitimación política y nacional. A través de una perspectiva amplia, el profesor Ridolfi enlaza las conmemoraciones nacionales desde el siglo XIX hasta las postrimerías del XX: desde los incipientes cultos patrióticos a una nación emergente, hasta la multiplicidad de identidades y estrategias conmemorativas del presente, pasando por la hiperinflación nacionalista y conmemorativa de la Europa de los fascismos<sup>21</sup>.

En definitiva, *Culturas políticas: teoría e historia e Historia cultural de la política contemporánea* compilan una serie de textos de lectura ineludible para todos aquellos interesados en la historia política contemporánea, constatando a su vez la riqueza de enfoques presente en los debates historiográficos actuales. ♦

Gustavo Alares López  
*European University Institute*

**ELEY, Geoff y NIELD, Keith: *El futuro de la clase en la Historia ¿Qué queda de lo social?* Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2010**

¿Qué queda de lo social? Esta pregunta, subtítulo de la obra *El futuro de la clase en la Historia*, de los profesores Geoff Eley y Keith Nield, sintetiza magníficamente el punto de partida del presente libro y la hoja de ruta que pretenden recorrer sus autores. Eley y Nield se preguntan por la importancia de la cuestión social, focalizada alrededor del concepto de clase, en los actuales estudios históricos; exponiendo claramente sus intenciones de no renunciar al análisis de clase, dentro de una perspectiva más amplia, para aproximarse a los fenómenos y acontecimientos del

pasado. Un análisis de las relaciones de clase que siguen considerando fundamental para una mayor comprensión de cualquier proceso histórico.

Ante el empuje de la nueva historiografía asociada al giro lingüístico y la posmodernidad, que parecía haber arrastrado a la Historia social hasta los márgenes de nuestro ámbito académico, identificándola como una reminiscencia de un campo historiográfico superado, abandonado, e incluso, en cierta medida, olvidado; el presente libro, sin dejar de celebrar las aportaciones vinculadas al giro lingüístico y los estudios culturales y de género (que considera indispensables para el desarrollo de nuestra disciplina), rescata buena parte del legado de un campo de estudio complejo y enriquecedor como es la Historia Social.

Para Eley y Nield la incorporación de nuevas perspectivas no debe traducirse en la sustitución completa de un amplio abanico conceptual y metodológico por otro. El papel de mediadores entre lo moderno, donde se incluye la importancia de lo social, el análisis de clase y la existencia de “regularidades” materiales más allá de las construcciones discursivas; y lo posmoderno, integrado por el giro lingüístico, la perspectiva cultural y la deconstrucción; debería significar la apertura de nuevos espacios compartidos donde combinar registros no necesariamente excluyentes.

El libro es el resultado de un trabajo iniciado por los autores a partir de la conferencia *Las clases como sujetos sociales*, presentada en el congreso *Perspectivas históricas sobre la clase y la cultura* del año 1993, en la Universidad de Portsmouth. Un trabajo que antes de ver la luz en forma de libro, se materializó en diversas exposiciones en seminarios y en un par de artículos, destacando al respecto el escrito *Adiós a la clase trabajadora* publicado en la revista *International Labour and Working Class History* del año 2000. Buena prueba de la dificultad de avanzar en un debate constructivo en este campo, un debate que permita transformar las barreras conceptuales de unos y otros en lugares comunes, es la respuesta defensiva que las reflexiones de Eley y Nield han tenido hasta la fecha, por parte de los investigadores integrantes (y a menudo, militantes) de los respectivos ámbitos sociales y culturales. Una respuesta defensiva que pone de manifiesto la hostilidad académica a reconocer en las herramientas conceptuales y registros del ámbito ajeno, instrumentos complementarios a los propios.

Para poder llegar al destino de la hoja de ruta marcado por los autores, el libro realiza un repaso de los debates historiográficos más relevantes producidos desde las décadas de los 60 y 70, año de apogeo de la Historia Social, pasando por los 80 y los 90, donde bajo el manto de la posmodernidad las críticas posestructuralistas a la Historia Social en general, y al marxismo en particular (campo teórico y práctico

tradicionalmente ligado a la Historia Social), han supuesto la preponderancia de los estudios asociados a la cultura, el género o las identidades; hasta llegar al planteamiento final del libro: ¿Cuál es la vigencia de la clase ahora? El repaso incluye la valoración crítica de los trabajos de autores como Patrick Joyce, William Sewell, Joan Scott y Gareth Stedman Jones; y pone de relieve el tránsito que se ha producido durante los años 80, con un comienzo marcado por trabajos donde lo político y cultural se veía arrastrado por el magma de fuerzas sociales y económicas, y un final de década donde la política se ha desvinculado por completo de lo social, adquiriendo todo el protagonismo antes reservado a otros registros.

Para los posmodernistas la clase social no era más que un discurso narrativo que había sido utilizado para organizar el pasado y que ahora había que deconstruir. El interés por la vida material y la sociedad, era substituido por los estudios sobre la construcción de significados y formas de percepción e interpretación de las personas. La crítica posmoderna a la historia social y su fundamental interés por las relaciones entre clases, recibió el espaldarazo definitivo con dos fechas de alto contenido político: 1989, con la caída del muro de Berlín, y 1991, con la desaparición de la URSS. Dos fechas que significaban el fracaso de un modelo de socialismo (el *socialismo real* de factura soviética), pero que fueron utilizadas como prueba irrefutable del fracaso político de cualquier proyecto socialista en general y del marxismo en particular.

Paradójicamente, de la misma manera que los antiguos marxistas ortodoxos creían en un progreso histórico inevitable que confirmaría sus hipótesis, los defensores posmodernos de los nuevos estudios culturales, también sentenciaban la infalibilidad de sus propuestas en base a la concordancia que se establecía con el desarrollo del proceso histórico: el hundimiento político del socialismo y el marxismo confirmaba la decadencia académica y científica de los estudios históricos sociales, estructurales o de concepción materialista. A pesar de la crítica posmoderna al propio concepto de progreso, los posmodernistas también se veían a sí mismos cabalgando a lomos de la historia, al ritmo de los tiempos; unos tiempos que confirmaban la superioridad de sus estudios respecto a los trabajos precedentes.

No obstante, a pesar de las críticas simplistas y despectivas, ni el marxismo es un todo homogéneo e inmutable, caracterizado por el reduccionismo y el determinismo económico, ni la Historia Social es una férrea disciplina sujeta a normas inquebrantables de tipo: *el ser social determina la conciencia social*. Tanto la Historia Social como el marxismo, tienen fisuras, contradicciones y matices, características que los enriquecen y que permiten avanzar a los investigadores en los procesos de conocimiento histórico. Para la Historia social la clase era mucho más que el reflejo

de un estructura económica, de la misma manera que para el marxismo, como tradición intelectual plural y compleja, la base económica no siempre precedía a la superestructura cultural e ideológica de forma mecánica. El propio Marx, tal y como recogen los autores, en el capítulo 10 del primer volumen de *El Capital, The working day*, nos ofrecía una compleja explicación sobre los cambios en la duración de la jornada de trabajo desde mediados del siglo XIX en adelante, donde la importancia de la esfera política y legislativa se entrelazaba con el ámbito económico, sin zanjar de forma definitiva el orden de los factores que perfilaban la longitud del día de trabajo. En resumen, tanto la Historia Social como el marxismo son tradiciones analíticas y culturales mucho más ricas que las versiones caricaturescas que han construido de ellas muchos autores amparados por la presunta superioridad intelectual de la posmodernidad.

No obstante, los autores reconocen que el viejo principio de la Historia Social, con Edward Palmer Thompson a la cabeza, que entendía la consecución de la conciencia de clase, base de cualquier planteamiento para llevar a cabo una política radical o revolucionaria, como el resultado de un largo proceso de interiorización de la experiencia de la explotación; ha sido desmontado por críticas posestructuralistas: las *regularidades* no se traducen necesariamente en solidaridades y formas de conciencia de clase. Pero, ello no implica que no podamos seguir planteándonos preguntas ligadas a nuestro presente, recogiendo la vieja tradición que otorgaba una función social a la Historia: la pretensión de estudiar el pasado para conocer el presente, y, por qué no, transformarlo. Los autores, al reconocer la existencia de la clase social como formación prediscursiva o no discursiva, entienden que el análisis de las relaciones de clase sigue siendo fundamental para comprender el funcionamiento de un sistema, el capitalista, que produce todo tipo de desigualdades, gestionadas y presentadas con formas discursivas, pero generadas a partir de “regularidades” que se traducen en la aparición de ricos y pobres, poderosos y marginados. De ahí surgen todo tipo de preguntas: ¿Cómo se configuran actualmente las clases sociales? ¿Qué poder tiene la clase para generar acción?, o ¿Cómo podría la acción conectar en la actualidad con la aspiración de un cambio no sólo legislativo o gubernamental, sino incluso revolucionario? De este modo, el historiador no puede obviar los grandes temas y conflictos del presente, aproximándose a ellos desde una perspectiva histórica, para la cual, el concepto de clase sigue siendo una categoría válida y, sobretodo, útil.

Finalmente, el lugar de destino para Eley y Nield es un ámbito historiográfico donde tengan cabida registros analíticos diferentes, incluyendo tanto el estudio de la construcción y percepción de discursos e identidades (culturales, étnicas, de gé-

nero, de orientación sexual...etc.) como planteamientos interesados en estructuras propias del sistema capitalista que, al margen del discurso que les acompañe, producen *regularidades*, como son las desigualdades asociadas a la distribución del poder político, el dinero y la posición social. La propuesta de los autores es ampliar nuestros enfoques y nuestro arsenal metodológico, ni limitarlo ni reducirlo, en una suerte de combinar Antonio Gramsci y Michel Foucault.

Para los autores, estos límites entre lo moderno y lo posmoderno, lejos de erigirse en barreras infranqueables, deberían ser sinónimos de espacios de intercambio y de reelaboración constante. En definitiva, hacer compatible en el estudio histórico lo social y lo político, dentro una explicación que, más allá de las preponderancias, saque a la luz las relaciones. ♦

José Manuel Rúa Fernández  
CEHI. Universidad de Barcelona

**GARRIDO, Fernando: *La España contemporánea. Sus progresos morales y materiales en el siglo XIX*, prólogo y edición a cargo de Florencia Peyrou y Manuel Pérez Ledesma, Pamplona, Urgoiti Editores, 2008 [L'Espagne Contemporaine. Ses progrès moraux et matériels au XIX<sup>e</sup> siècle, Bruselas, Librairie internationale Lacroix, Berboeckhoven et Cie, 1862], CXIII + 389 pp.**

La reedición de obras fundamentales escritas por los protagonistas de la historia española es siempre una buena noticia, más aún cuando se trata de escritos que han tenido una escasa difusión en nuestro país por haber sido publicados fuera de España y en idiomas distintos a los españoles. *La España contemporánea*, del republicano socialista Fernando Garrido, es uno de estos casos. Este trabajo vio la luz en francés en 1862 (Bélgica) y en 1865 apareció su edición castellana, que, según su portada, era una versión *corregida y considerablemente aumentada* de la primera edición francesa. Tan *corregida y aumentada* estaba la segunda que ambas ediciones, la francesa y la castellana, pueden considerarse obras distintas. La edición francesa estaba, además, dirigida al público europeo, al que Garrido quería exponer su inter-